

y esperpénticas ("el hastio re-presentado en tres modos distintos, pero uno en esencia")... Son, todos ellos, tipos que caracterizan lúcida y con claridad el contenido social de una época que nos es históricamente lejana y, sin embargo, salvando distancias obvias, biológicamente actual. Comprender que el joven Galdós es todavía, y a pesar de los pesares, nuestro contemporáneo es algo que debería producirnos una amarga y deprimente sensación. ■ S. R. SANTERBAS.

BENITO PÉREZ GALDÓS: «La fontana de oro». Alianza Editorial, Sociedad Anónima, Madrid, 1970.

El extraño Pitol

Según el presentador, Sergio Pitol «es un extraño personaje que apareció por Barcelona hace dos años. Vivió dos meses en el «barrio chino» antes de tomar contacto con la «gauche divine». Sorprendió en seguida por su vastísima cultura, sus conocimientos de China, donde estuvo un año, y de la literatura de los países socialistas... Nunca se supo muy bien lo que hizo antes de venir a España. Sólo sabemos que nació en Méjico, donde fundó editoriales, dirigió revistas literarias y publicó cuatro libros de relatos. Después nos parece que entró en la carrera diplomática, que dejó un día para viajar en un barco de carga alrededor del mundo...».

Sergio Pitol es el autor de la serie de relatos publicada en Barcelona (Tusquets Editor), dentro de la Colección Cuadernos Infimos. Su complicada vida, sintetizada en las cuatro líneas arriba reproducidas, encuentra en estos cuentos una transposición de los momentos más confusos u opacos. Parece ser que Pitol, después de estructurar un determinado relato se vuelca en su desmontaje, en su transformación radical, de acuerdo con la incorporación de nuevas vivencias o puntos de vista diferentes. Es corriente, pues, que cualquiera de sus cuentos nos recuerde otro leído anteriormente.

El pasado confuso, la niebla, el sueño, el delirio, son los elementos con que juega este autor mejicano que tal vez trata de integrarse en el

«boom» latinoamericano, pues ya se anuncia la publicación de una novela suya. Esta colección de narraciones, que titula con el nombre de una de ellas, «Del encuentro nupcial», nos ofrece un adelanto de su modo de hacer, de su mundo fantasmal, situado entre Kafka y Poe; de su progresismo, pasado por un cosmopolitismo que le define como escritor. ■ E. G. R.

Tiempo de Siega

José Esteban presenta a Carlos Álvarez. Amigos precisamente de la época en que Carlos Álvarez escribía la mayor parte de los poemas de este libro —"Tiempo de siega y otras yerbas". Colección Saco Roto. Editorial Helios—, ambos se encuentran ahora de nuevo, uno como poeta, el otro como editor. Es lógico, pues, que José Esteban nos diga, si hace falta, quién es Carlos Álvarez. Pero no hace falta y la presentación es breve y apunta en seguida hacia lo esencial: que hay y seguirá habiendo un Carlos Álvarez desconocido, inédito, condicionado por circunstancias adversas.

Este Carlos Álvarez que ahora nos ofrece José Esteban es el primero, el de 1960. No puede prescindirse de sus poemas, de estos poemas iniciales, si se quiere dar una imagen completa, auténtica, del poeta. Por otra parte, José Esteban invita, a través de esta edición, a tomar contacto con parte de una generación de la que da testimonio este libro y que apenas ha tenido la oportunidad de publicar su producción. Invitación que no debe rechazarse y que estas editoriales juveniles que ahora proliferan no deberían olvidar. ■ E. G. R.

Dos textos de Valle

Dos viejos textos de Valle, quizá poco conocidos. «El yermo de las almas», de 1908, nos ofrece un Valle lejano del autor de los esperpentos. Estamos aún en ese don Ramón estilista que lucha por situarse dentro de la vida literaria española y que no ha descubierto todavía los espejos con-

caivos y convexos del callejón del Gato. La obra es importante si la situamos dentro de la producción total del autor y la estudiamos como un tramo de su gran discurso poético; en este sentido, y dada la tendencia existente a «unificar» el juicio sobre los escritores, el estudio y la lectura del texto habrán de ser oportunos para considerar hasta qué punto la obra teatral de don Ramón es el resultado de una serie de experiencias estéticas y sociales. De «El yermo de las almas» a su «Luces de bohemia», por ejemplo, hay una distancia que es necesario entender si no queremos caer en penosa perplejidad ante el gran escritor gallego. «La marquesa de Rosalinda», estrenada la temporada última en el Español, fue, al margen de los posibles errores de la puesta en escena, la prueba de esta necesidad.

En cuanto a «Una tertulia de antaño», fue incorporada, con algunas variantes, a un episodio de «La Corte de los milagros». En el volumen de Alianza Editorial se publica el texto primitivo, que apareció también en 1908, reeditándose ahora por primera vez. El volumen, en suma, ha de contribuir al conocimiento y divulgación de quien es considerado como un escritor fundamental de nuestra literatura y nuestro teatro contemporáneos. ■ J. M.

Los premios literarios en Francia

El Goncourt y el Renaudot

PARIS.—El testamento de Edmundo de Goncourt —muerto en 1896— establecía la creación «de un premio anual de 5.000 francos destinado a una obra literaria» y «una renta de 6.000 francos en beneficio de los miembros de la sociedad». El segundo de los hermanos Goncourt añadió: «Mi voluntad suprema es que ese premio sea otorgado a la juventud, a la originalidad del talento, a las nuevas tentativas, tanto en el terreno del pensamiento como de la forma».

¿Los miembros del Jurado del Goncourt —cuya media de edad oscila últimamente alrededor de los setenta y cua-

tro años— han cumplido los términos del testamento? Cabe dudarlo. Por razones diversas, el Goncourt —equivalente a nuestro Nadal— es deseado y temido, llegando a ser vergonzoso para ciertos escritores.

Atribuido en vísperas de las compras de Navidad y fin de año, los premios literarios, y en particular el Goncourt, interesan más a la edición que a la literatura. Se regala el Goncourt o el Renaudot como se puede regalar una caja de bombones o de castañas escarchadas. El Goncourt asegura a su editor una tirada de 200.000 ejemplares, que van a manos de un público que en su inmensa mayoría no ha leído ningún libro en los once meses anteriores. Por otra parte, revisando los nombres de los premiados durante sesenta años, observaremos que pocas veces se han coronado «obras audaces», y que pocas novelas influyeron en el movimiento literario, por la sen-



Michel Tournier - Premio Goncourt 1970

cilla razón de que representaba un estilo esclerotizado y anticuado, en general el del naturalismo, ya muerto en 1900.

«EL REY DE LOS ALISOS».—No ha habido sorpresa alguna este año ni en el Goncourt ni en el Renaudot. Todo el mundo sabía que Michel Tournier obtendría el Goncourt, y casi todos los diarios anunciaban que Jean Freustié sería el Renaudot. Ambos son buenos escritores, de corte clásico y lectura fácil.

Michel Tournier nació en París en 1924. Es hombre dis-

creto y solitario. Su primera novela, escrita hace sólo tres años, obtuvo en 1967 el Gran Premio de la Academia Francesa. Se titulaba «Viernes o los limbos del Pacífico». La segunda, «El rey de los Alisos», mereció este año el Goncourt.

Las cuatrocientas páginas de esta novela se leen fácilmente de un tirón. Detrás de una historia lineal y de una anécdota sencilla se esconden símbolos y mitos que hay que descifrar con atención.

«Pienso que todos somos seres mitológicos. La historia de Robinson Crusoe me sirvió para mi primer libro, dado que encontré en este hombre, solitario en una isla desierta, lo esencial de la condición del hombre en la vida moderna. En «El rey de los Alisos» partí de un mito todavía más primitivo, más antiguo, el del Ogro. Quise contar la historia de un prisionero francés, en los años treinta y ocho-treinta y nueve, que hace la guerra, que es encarcelado en el cuarenta y enviado a la Alemania nazi».

Este prisionero es el mecánico parisino Abel Tiffauges, a quien los nazis colocan en el coto de caza de Goering. Al llegar los ejércitos soviéticos liberadores, Tiffauges desaparece llevándose en los hombros a un niño judío...

Para el autor, esta novela es una especie de exorcismo. Hijo de un erudito germanista, Tournier asistió a la ascensión del nazismo.

«Lo que más me impresionó fue el aspecto caricaturesco y grotesco de la Alemania nazi. En este aspecto, después de la derrota de Alemania en el catorce, cabía esperar un resurgimiento en todos los aspectos: literario, artístico. Pero el expresionismo no logró un cambio de mentalidades. Casi podría decir que Hitler entra dentro del clima del expresionismo...».

Novela de símbolos:

«Tenía pendiente un arreglo de cuentas con Alemania. No sabía por dónde empezar, hasta que un día caí en un detalle histórico que me llamó la atención: el diecinueve de abril, la víspera del aniversario del Führer se incorporaron los jóvenes alemanes a las Hitler Jugend. Era de nuevo el tema del Ogro, tal como lo había contado Charles Perrault».

En «El rey de los Alisos», el Ogro de Tastenburg recibe el día de su aniversario 500.000 niñas y 500.000 niños de dos años cumplidos, mientras que Goering, Ogro de Romintern, destruye y devora toda la fauna cérvica.

NOVELA DE LA SENSUALIDAD.—«Isabelle». Tiene dieciocho años, rubia y encantadora. Su padre es un escritor, desconocido y misántropo. La madre de Isabel los abandona en una playa del Sur de Francia, dejándolos en una situación equívoca, morbosa.

Es el premio Renaudot, «Isabelle», de Jean Freustié, bello libro repleto de melancolía y cuyas páginas giran en torno al conflicto de generaciones.

El incesto tiene una larga tradición literaria, pero en este caso todo lo escabroso es torreado con sutileza y aliento poético, con pudor y sensibilidad. Se adivina la mano cautelosa de un novelista excepcional, que fue médico durante algún tiempo y que, poco a poco, fue abandonando esta profesión para dedicarse por entero a la literatura.

De todas formas, no pasará nada entre ellos. El verdadero tema del libro es la duda, los celos, el desconcierto, el rencor y la esperanza de un hombre más que maduro que sufre y se complace en una obsesión.

En resumen, dos premios literarios honestos, que cumplen con su cometido, aunque no —el primero— con el espíritu de lo que quería Edmundo de Goncourt. ■ RAMON LUIS CHAO.

LOS PRINCIPALES GONCOURT DESDE 1903

- 1916: Henri Barbusse, «Le Feu».
- 1919: Marcel Proust, «A la sombra de las muchachas en flor».
- 1933: André Malraux, «La condición humana».
- 1935: Joseph Reyre, «Sangre y luz».
- 1936: Maxence van der Meersch, «La huella de Dios».
- 1938: Henri Troyat, «La araña».
- 1944: Elsa Triolet, «El tropezón cuesta 200 francos».
- 1948: Robert Merle, «Weed End en Zwedecoot».
- 1951: Julien Gracq, «La Ribera de los Syrtés».
- 1954: Simone de Beauvoir, «Les Mandarins».
- 1956: Ramain Gary, «Las raíces del cielo».
- 1957: Roger Vaillant, «La ley».
- 1959: Schwarz-Bart, «El último de los justos».
- 1962: Anne Langfus, «Los equipajes de arena».
- 1967: André Pleyre de Mandlary, «El margen».

A propósito del inacabable caso de Terenci Moix

Quisiera hacer algunas precisiones sobre la nota que publicó TRIUNFO (n.º 441) sobre el rechazo de una obra de Terenci Moix, presentada cuatro horas fuera de plazo al Premio Sant Jordi. Insisto, al Premio Sant Jordi, y no Joanot Martorell, como yo escribí en un incomodísimo lapsus motivado por la anécdota que relataba sobre la conversión de Joanot Martorell en Joanet Martorell, según la versión de TVE. El lapsus es más imperdonable por mis asistencias continuadas a las concesiones del Premio en los distintos años en que se ha fallado.

Otra precisión se refiere a la posición crítica que se desprende de toda la nota. Es indudable que de ella se deduce una toma de posición ridiculizadora de la medida de no aceptar una obra porque llega con cuatro horas de retraso. Sin embargo, no quisiera que pudiera interpretarse como una condena total de una institución, el *Omnium Cultural*; ni de un personaje, el crítico, Joan Triadó, claramente implicado en mi escrito. Las afinidades casi nunca son electivas, y en los tiempos que circulan no hay que ser excesivamente meticuloso con la dentadura de los caballos regalados. Quiere esto decir, con una cierta brutalidad, que la tarea colegiada del *Omnium* y la personal del señor Triadó podrán gozar o no de mi valoración subjetiva, pero es indudable que a un nivel objetivo se insertan plenamente en el contexto de un esfuerzo difícil y sacrificado en pro de la cultura catalana. Soy consciente de lo problemático que resulta clarificar la propia casa mientras en el exterior reina la más programada oscuridad.

En estos momentos, el *Omnium* agrupa a millares de catalanes esperanzados en su gestión, y son esos millares de catalanes los que a la larga interesan, no algunos dirigentes circunstanciales enfermos de conservadurismo y raros exclusivismos. Del mismo modo sería ridículamente injusto no aceptar el papel, en muchos y más difíciles momentos, solitario que Triadó ha desempeñado (a mi gusto o no) como clarificador y clasificador de una

cultura desnutrida y sin ayuda americana que llevarse a la boca.

Dicho esto, sería interesante que Moix y los relojes de los distintos Jurados de premios de novela catalana se pusieran a marchar al unísono,

ante la presencia de un notario del Ilustre Colegio de Notarios de Barcelona. A ver si así nos evitábamos disgustos y enfrentamientos el *Omnium*, Triadó, Moix y un servidor. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

CASTELLET,
PREMIO
TAURUS
1970



Todos los fallos son significativos. Algunos, oportunos. El Taurus 1970 lo ha sido. Un Jurado de catedráticos y críticos (Gerardo Diego, Lain Entralgo, Alarcos Llorach, F. Yndurain, A. Zamora Vicente, J. M. Martínez Cachero y Francisco Rico) ha premiado el trabajo de José María Castellet «Iniciación a la lectura de la obra poética de Salvador Espriu». Este año, el Premio, patrocinado por el Grupo Fierro, estaba dedicado a la especialidad de crítica literaria.

De 1957 arranca la obra de Castellet. «La hora del lector» fue aceptada como una «obra incontrovertible», ha escrito recientemente Martínez Menchén («Del engaño literario»). Lo fueron también los criterios que presidieron su antología «Veinte años de poesía española» (1960), pero de entonces a hoy han cambiado mucho las cosas. El replanteamiento y la discusión pública de los supuestos estéticos que inspiraron una literatura social realista alcanzarían lógicamente al que había sido su jefe de fila como crítico y asesor literario desde Seix Barral. Después de «Poesía catalana del siglo XX» (en colaboración con Joaquín Molas), «Lectura de Marcuse», etcétera, fue «Nueve novísimos poetas españoles» (1970) el libro que concitó las iras (nuestros lectores han podido seguir la reacción despertada por esta antología) y por el que el crítico pasó a ser criticado. No es objeto de esta reseña señalar estas contradicciones (lo hará el propio Castellet en una entrevista que publicaremos próximamente), sino el destacar que un Jurado de catedráticos haya propugnado un escritor hoy impugnado, como dijo Jesús Aguirre al dar lectura del fallo ante la prensa, y que una editorial madrileña haya premiado un libro dedicado al poeta catalán Salvador Espriu (lo cual contribuirá a su necesaria lectura).

Por fin, el fallo viene a confirmar la nueva línea de conducta que parece tomar esta ya casi clásica editorial al recaer las quinientas mil pesetas en un hombre de letras vanguardista.

CINE

Dos títulos españoles que no descubren nada nuevo

El llamado cine comercial español (las comedias producidas generalmente por Masó o Dibildos; los «spaghetti-western»; las aventuras de agentes secretos y la extensa, respetable serie folklórica) sufre la indiferencia y hasta el desprecio apriorístico de quienes, de cualquier manera, se interesan seriamente por el cine. Y este hecho se traduce en la esquemática consideración de que sólo hay películas reaccionarias por un lado y excepcionales por otro —que serían en este caso los films de Berlanga, Saura, algunos de Fernán-Gómez, etcétera—.

Si un esquema resulta, por lo general, insuficiente, en este caso, las posturas críticas a partir de las cuales se entiende este cine comercial imposibilitan totalmente un entendimiento sereno de sus características, de su atractivo y como producto comercial y, por ello, de su representatividad en función de una situación social. El análisis de la evolución de este cine comercial español, del lenguaje que en él se utiliza, de los temas que se tratan, entre otros posibles estudios, acabaría por ofrecer un panorama más rico y alejado del tópico. Un panorama real de la sociedad española, que, a través de la complejidad del cine, aparecería revelador en algunos aspectos o como confirmación de otros que, en definitiva, podrían clarificar los planteamientos laborales de cualquier cineasta.

Dos títulos recientemente estrenados —«El dinero tiene miedo», de Pedro Lazaga, y «Una señora llamada Andrés», de Julio Buchs— resultan significativos en el sentido de catalizadores de una opinión general y de la manera en que ésta se expresa.

«El dinero tiene miedo», por ejemplo, se anuncia como una película en la que «cualquier parecido con la realidad no es una pura coincidencia. Esta película habla de eso que usted sabe... y de otros